



Alán Arias Marín

¿Accidente o atentado?: razón técnica versus razón política

Detrás de la consternación espontánea, sincera, por la muerte de inocentes y de personalidades políticas y policíacas relevantes, se emboscan sentimientos y reflexiones de temor y desprotección no sólo de carácter individual, sino relativos al conjunto de la sociedad mexicana, el Estado y el porvenir del país. Hay, así, una otra consternación en la opinión pública y la ciudadanía por la muerte de Mouriño y Vasconcelos, cuadros de altísimo nivel involucrados en “la guerra al narcotráfico”; preocupaciones bruscamente distantes de la estrategia mediática de gobierno y medios que buscan imponer, como temas dominantes de la agenda, la exhibición deliberada del dolor oficial, así como la conducción informativa —instrumentada con profesionalismo por Luis Téllez— hacia la hipótesis del accidente y la espera de una lejana confirmación técnicamente irrefutable.

Hay una deriva del infausto derrumbe del avión en una percepción de riesgos y contingencias de elevado rango que intimida al ciudadano común. Si no es posible proteger adecuadamente al número dos del gobierno ni a uno de los más experimentados y relativamente exitosos expertos en la lucha anticrimen, ¿qué se puede esperar?, ¿qué sigue, quién?, ¿cuál el sentido de esta batahola de violencia irrefrenable (más de 200 muertos en pocos

días)?, ¿qué va a ser del país?

La racionalidad política, su impronta estratégica, sobredetermina y hace impertinente y poco creíble a la razón técnica. La política subsume y domina al discurso de la indagación técnica y la investigación; la obsesiva inducción de la hipótesis del accidente y una acendrada desconfianza —de Colosio a Mouriño— refuerza la creencia de relacionar causalmente lo ocurrido con la violencia criminal y renuencia ante casualidades.

En la percepción pública (ver encuestas sin preguntas manipuladas) no hay dilema entre accidente o atentado. ¿Cómo pensar otra cosa, en el contexto abrumador de la violencia del conflicto armado interno? Si,

desde el comienzo del gobierno, el principalísimo pulso legitimador ha sido el de una confrontación armada para restablecer el orden y recuperar los territorios dominados por el narcotráfico, mediante operativos militares; si la línea propagandística oficial consiste en la divulgación de las acciones anticrimen y su contrapunto, brutal e inevitable, violencia real y simbólica que expresa un poderío extraordinario de las bandas criminales, superioridad en armas, logística, inteligencia, amén de apabullante

infiltración, cooptación, corrupción y reclutamiento socialmente alimentado.

Y para colmo, el desatino conceptual, estratégico y —ya pronto— propagandístico, de llamar guerra a lo que no es. Torpe coartada para conjurar la ausencia de diagnóstico adecuado, estrategia integral, ponderación política del conflicto armado y subordinación extrema a la estrategia estadounidense contra el narcotráfico. Pulsión emocional e ideológica del presidente Calderón —sobrecargada por el fallecimiento de Mouriño—; su empeño incompatible de “la guerra” como cruzada sin fin, cuando se trata de un complejo y multidimensional —económico-social-cultural— problema internacional inabordable en términos de victoria o derrota.

Y bien, la vida va y no cesa. El lamentable episodio establece condiciones de una nueva tesitura. Obligado por la trágica situación, el presidente Calderón avizora el reemplazo en Gobernación y, si quisiera y pudiera, asumir una perspectiva estratégica, una reestructuración general del gabinete y, consecuentemente, el replanteamiento del ejercicio del gobierno. Momento de mesura analítica, de esfuerzo por una visión de Estado; no tiempo del corazón y sus intemperancias. Los cambios de funcionarios, el sentido fuerte que se otorgue, la perspectiva que se adopte: designaciones del círculo ín-



Fecha 09.11.2008	Sección Opinión	Página 16
----------------------------	---------------------------	---------------------

timo o partidistas con la mira puesta en las elecciones 2009, militarización policial de la política interior, innovación para el diálogo y la concertación, hasta la improbable reedición de la promesa incumplida de un gobierno multipartidista...

Es también momento obligado para reformular una estrategia fallida y terrible, la relativa al

El lamentable episodio establece condiciones de una nueva tesitura. Obligado por la trágica situación, el presidente Calderón avizora el reemplazo en Gobernación y, si quisiera y pudiera, asumir una perspectiva estratégica, una reestructuración general del gabinete y, consecuentemente, el replanteamiento del ejercicio del gobierno

combate —políticamente ponderada no fundamentalista— al narcotráfico. El escalamiento de la violencia ha alcanzado cotas inasimilables para un Estado débil y en descomposición: acciones terroristas contra la población civil, ejecuciones de mandos militares y policiales, hasta la eventualidad de atentados al más alto nivel.

No se puede seguir así. En lo terrible del presente se atisban condiciones para alterar un rumbo inadmisibles y de costos impagables. ■■

FCPyS-UNAM. Cenadeh.
alan.arias@usa.net



LUIS MIGUEL MORALES